

Martin Murphy. *Blanco White Self-banished Spaniard*. New Haven and London, Yale U.P., 1989, xii + 270 pp.

Muy diversos han sido los juicios que han merecido José María Blanco White (Sevilla, 1775-Liverpool, 1841) y su obra a los críticos, algunos de ideologías tan dispares como Menéndez Pelayo o como Juan Goytisolo pues todos se enfrentaron con la difícil tarea de interpretar un personaje tan complejo como Blanco y una obra tan varia y tan propicia a la controversia como la suya.

Martin Murphy estudia aquí la evolución espiritual de Blanco en su progresivo alejamiento de la ortodoxia, la obra literaria de aquél, tan íntimamente relacionada con sus experiencias, y la participación que tuvo en la historia de los tiempos en que le tocó vivir. Murphy va más allá de lo biográfico pues basándose en los escritos de Blanco y en el testimonio de sus contemporáneos, ha tratado de revelarnos cómo fue Blanco White, el hombre, y cuáles los propósitos de una vida azarosa que ve como «the history of a quest: the progress of a rationalist Quixote in search of the transcendental» (ix).

A partir de su ordenación hubo en Blanco una divergencia cada vez mayor entre su brillante carrera eclesiástica, por un lado, y sus dudas, sus reprimidos deseos y un sentido de culpabilidad constante, por otro. La lectura temprana de los enciclopedistas hizo de él, de Arjona y de otros amigos del clero sevillano unos doctrinarios resentidos de su impostura, de su falta de libertad y de su celibato, al que Blanco culpaba del colapso moral que sufrieron todos ellos. Posiblemente, como escribía Gladstone, el haber vivido éste tanto tiempo «the Breviary on the table and the anti-Christian writers of France in the closet — may have been fatal to the solidity and consistency of his inward life thereafter» (29).

Los sucesos de la guerra de la Independencia le dieron ocasión para abandonar aquella España con la que se hallaba tan mal avenido y en agosto de 1810 desembarcó en Inglaterra: contaba entonces 35 años. Blanco no tenía ya que disimular sus verdaderos sentimientos y en 1814 entró a formar parte del clero anglicano aunque la Iglesia tampoco respondía a su idea de un cristianismo libre de trabas institucionales. Detestaba la palabra «religión» pues «Christ came to liberate man from *all religion*, that great source of the worst human evils» (169) y aunque Blanco

murió dentro del credo Unitario su ideal habría sido crear una secta propia simplemente cristiana.

Su ruptura con los anglicanos y su marcha a Liverpool, un centro del Unitarismo entonces, causó gran sensación entre sus antiguos correligionarios de Oxford, algunos de los cuales llegaron a pensar que no estaba en su juicio. Whately se refirió a un «derangement, attested by medical opinions» (168) en los últimos tiempos en que vivió en su casa y Newman dudaba si aquél acabaría su vida «in infidelity, Romanism or confinement» (175).

Paralelamente, sus ideas políticas evolucionaron desde la violencia revolucionaria de su juventud hasta la intolerancia conservadora propia de un *tory*. En el *Semanario Patriótico* (Sevilla, 1808), atacó Blanco a la Junta Central que representaba al ausente rey absoluto y en su lugar pidió una Asamblea Nacional elegida democráticamente ya que para él la soberanía nacional estaba en el pueblo.

Una vez en Londres y desde las páginas de *El Español* (1810) continuó sus acerbas censuras a las Cortes por su conservadurismo y por su política americana. El periódico tuvo gran difusión en Hispanoamérica y, como advierte Murphy, «helped to make the separate colonies aware of their unity and to develop a wider and specifically American consciousness» (79). En España la reacción fue muy negativa pues Blanco acusó al gobierno español de incompetente y deshonesto en momentos en los que el país necesitaba «the support and understanding of public opinion in England» (67).

Sin embargo, al tiempo que tenía lugar su conversión al anglicanismo, el antiguo jacobino se retractó en *El Español* (1813) de sus antiguas creencias políticas para convertirse en defensor decidido de la monarquía absoluta. Por ello hostilizó de nuevo al gobierno español aunque por razones opuestas a las que lo hizo antes. Quienes subieron al poder tras el pronunciamiento de Riego le parecían «people of little respectability... ignorant, rash and insolent» (110-1) y en sus reseñas de las novelas de Valentín de Llanos (124 nota 18) llegó a defender la intervención de la Santa Alianza en España y previno al público inglés en contra de los *comuneros*, de quienes sospechaba agente en Londres al propio Llanos.

Blanco contó con un puñado de amigos fieles y comprensivos como Lista, lord Holland, Andrés Bello, el arzobispo Whately,

Shouthey o el ministro unitario J. H. Thom, quien fue su primer biógrafo. Por otra parte, tanto sus cambios de opinión como el tono sarcástico y ofensivo de sus escritos le acarrearón numerosos enemigos. Los tuvo entre los católicos españoles y luego entre los anglicanos cuya fe abandonó por la de los unitarios, entre los católicos ingleses por su oposición a la *Catholic Emancipation* y entre los absolutistas y los liberales españoles, contra quienes arremetió sucesivamente.

Desde su llegada a Inglaterra no cesó en sus violentos ataques al catolicismo y se avergonzó de ser español pues su patria representaba para él el absolutismo político y religioso en el que le había tocado vivir. De este modo rechazó la lengua, la cultura y la nacionalidad españolas sin avenirse en cambio con su nueva identidad inglesa. Aquel exilado inconformista, aquel heterodoxo inseguro de sus creencias que se firmaba «Juan Sintierra», fue un hombre sin raíces, víctima de su propia insatisfacción. J. H. Newman, que le conocía muy bien, advirtió en su carácter «a great deal of morbid restlessness [...] mixed with his sincerity, an inability to keep still in one place, a readiness to take offence and to be disgusted, an unusual irritability, and a fear of not being independent...» (199); otro contemporáneo, J. J. Tayler, vio a Blanco «adrift, a lonely voyager, in the vast ocean of thought» (196 nota 8).

Este trabajo de Martin Murphy, que va provisto de excelentes notas y bibliografía, es el más completo, clarividente e imparcial, aunque no exento de simpatía, que se haya escrito hasta ahora sobre Blanco. Respaldado por amplio material de archivo estudia aquí los aspectos positivos y negativos de un personaje tan conflictivo que todavía hoy cuenta con panegiristas y detractores. Hace además hincapié sobre la influencia que tuvo Blanco desde *El Español* en el proceso de independencia de las repúblicas americanas y el destacado lugar tanto en España como en Inglaterra que le corresponde como polemista, como creador literario y como crítico.

The Ohio State University

SALVADOR GARCÍA CASTAÑEDA